





La inteligencia del toreo

el pasejlo



ANDRÉS AMORÓS

# **LA INTELIGENCIA DEL TOREO**

**De Marcial Lalanda a Vargas Llosa**

el paseillo

2023

© del texto: Andrés Amorós Guardiola, 2023  
© de las fotos: archivo del autor y Archivo ABC, 2023  
(Todas las autorías disponibles de las imágenes se reconocen en sus respectivos pies. El autor y la editorial quieren agradecer a Archivo de ABC y a todos los autores de la fotografías su gentileza para colaborar en este libro.)  
© de esta edición: Editorial El paseílo S. L., 2023  
[www.elpaseillo.com](http://www.elpaseillo.com)

1ª edición: mayo de 2023

Imagen de portada: José Ortega y Gasset (izq.) torea alalimón con Domingo Ortega. (Foto: Cano).

Diseño, maquetación y cubiertas: Elisa Romero Moreno  
Corrección: Nieves Porras Parrado  
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. 978-84-126357-4-4  
Depósito legal: Co-965-2023  
Código THEMA: DNB; ATX

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

# Índice

PRÓLOGO	9
1. MARCIAL LALANDA «La crítica taurina es culpable de difundir algunos errores actuales»	15
2. PEPE LUIS VÁZQUEZ «Yo nunca he sido de ponerme bonito»	23
3. MANOLO VÁZQUEZ «Querer y poder ser torero»	37
4. JAIME OSTOS «El toreo me ha permitido que la gente me recuerde con respeto»	49
5. PACO CAMINO «A nadie le ponen una pistola en el pecho para que vaya a los toros»	59
6. EL NIÑO DE LA CAPEA «Cuando pruebas, te enamoras del toro ya para siempre»	71
7. LUIS FRANCISCO ESPLÁ «Con Joselito vivo, la tauromaquia hubiera seguido un camino diferente, más auténtico»	83
8. JOSÉ MANUEL ARROYO, JOSELITO «Echaba de menos el miedo»	91
9. EL JULI «El toreo es un arte al que no se le ve el fin»	101

10. ENRIQUE PONCE  
«Nombras España y ves un toro bravo» 111
11. IVÁN FANDIÑO  
«Yo soy el único dueño de mi carrera, de mi libertad» 129
12. JUAN JOSÉ PADILLA  
«Con algunos toros, no necesitaría dos ojos, sino cuatro» 143
13. ANTONIO FERRERA  
«A la búsqueda de la lidia total» 171
14. MORANTE DE LA PUEBLA  
«Soñar el toreo es aún más hermoso que torear» 181
15. JOSÉ MARÍA MANZANARES  
«Mi padre estaría orgulloso de mi faena» 201
16. DIEGO VENTURA  
«Todos tenemos la obligación de atraer al público con el mejor espectáculo que se pueda» 213
17. DANIEL LUQUE  
«Los éxitos son muy traicioneros, se aprende mucho más cuando no triunfas» 229
18. ANDRÉS ROCA REY  
«La vida está para apostar por lo que quieres» 239
19. CANO, FOTÓGRAFO  
«Me hubiera gustado ser figura del toreo» 257
20. MARIO VARGAS LLOSA  
«De chico, yo quería ser torero» 267



# Prólogo

Intenta ofrecer este libro dieciocho retratos de grandes maestros de la tauromaquia, desde la historia que yo he podido conocer de primera mano –el inolvidable Marcial Lalanda– hasta una joven figura actual como Andrés Roca Rey.

Cada capítulo consta de dos partes: primero, la valoración de su arte, con los datos esenciales de su biografía; después, alguna conversación que he mantenido con ellos.

En todos los casos, se trata de diestros con los que he tenido la suerte de tener una relación amistosa. Faltan otros con los que también la tuve, pero, en su momento, no se me ocurrió recoger por escrito nuestras charlas. Aquí hubieran podido estar, por ejemplo, Antonio Bienvenida y su hermano Ángel Luis, Rafael Ortega, Andrés Vázquez, Antoñete... Es lo mismo que sucede con las fotografías: con frecuencia, lamentamos que no nos hiciéramos una con algunos buenos amigos.

No recojo aquí mis conversaciones con Eduardo Miura y con Luis Miguel Dominguín, a las que ya me he referido en mi libro *Maestros y amigos*. Y, por supuesto, no puedo incluir a otros diestros con los que no he tenido trato, sin que eso suponga que no valore su arte.

He querido mantener el tono histórico de estas conversaciones, respetando los momentos en los que tuvieron lugar, sin querer añadirles –en los casos en que esto es posible– una charla actual.

Parte este libro de una creencia firme: el enorme interés que tiene escuchar a los grandes artistas cómo cuentan su experiencia creadora.

En otros terrenos artísticos, he aprendido mucho, por ejemplo, leyendo *The art of the novel*, de Henry James, *Diario de una escritora*, de Virginia Woolf, *Il mestiere di vivere*, de Pavese, *Writers on writing*, de Walter Allen, *Conversaciones con Picasso*, de Brassai...

No es verdad que solo los artistas puedan hablar sobre arte. La realidad nos demuestra que los buenos ensayistas y críticos sí son capaces de sentir la belleza de una obra de arte y de iluminar alguno de sus aspectos. No cabe duda, sin embargo, de que la experiencia de haber practicado un arte implica conocer su técnica desde dentro; si se sabe expresarlo adecuadamente, es algo insustituible. Y eso resulta todavía más cierto en el caso de la tauromaquia, por la dificultad añadida que supone enfrentarse a un animal peligrosísimo, de reacciones cambiantes, imprevisibles.

Salta a la vista, en estas conversaciones, la variedad de los personajes. Como diría un castizo, cada uno es cada uno, hijo de su padre y de su madre: eso determina su forma de torear. Tenía toda la razón Juan Belmonte: «Se torea como se es». Es lo mismo de Buffon para los escritores: «El estilo es el hombre».

Para ser un buen torero, no basta con el valor, la técnica y la profesionalidad. Cada diestro expresa, en sus faenas, toda su personalidad; usando la expresión de Jorge Manrique, «poner la vida entera al table-ro». Algunas veces, lo hace para mal: aunque sepan torear bien, algunos no llegan a figuras porque les falta carácter, personalidad. Otras veces, para bien: el torero logra volcar en su trasteo lo mejor de todo lo que sabe y sueña.

Estas amistosas conversaciones nos permiten acercarnos a algunas claves de lo que se necesita para ser una figura del toreo: la afición, la fuerza de voluntad, la ilusión, la ambición, la responsabilidad. También, a algunas claves de la tauromaquia: el valor consciente, la unión de técnica y sentimiento, la conexión con el público...

Vemos aquí cómo Marcial Lalanda sigue siempre fiel al concepto clásico que aprendió en Gallito, su ídolo absoluto: la base de todo es el dominio del toro.

A pesar de su fama de toreo artista, también defiende la absoluta necesidad de la técnica Pepe Luis Vázquez: por eso nunca estuvo ape-

rreado delante de un toro, aunque fuera de la ganadería de su amigo Eduardo Miura.

Manolo Vázquez, su hermano, insiste en la importancia de la voluntad: no basta con desear ser torero, hay que querer. Mejor aún: *querer querer*, de verdad, con una vocación auténtica, que permita soportar los más duros sacrificios.

A sus noventa años, Jaime Ostos recuerda sus veinticinco cornadas, las dos veces que recibió la extremaunción, y se muestra orgulloso de haber luchado con honradez, ganándose así el respeto de los públicos.

Defiende Paco Camino que, en todas las cosas de la vida, pero sobre todo en el toreo, la cabeza fría es lo fundamental: hay que fijarse continuamente en las reacciones del toro para resolver los problemas y saber improvisar.

Subraya el Niño de la Capea cómo los aficionados madrileños han sabido siempre valorar al torero que, en cada momento, sabe resolver con inteligencia los problemas que el toro plantea.

Sueña Luis Francisco Esplá con las aportaciones decisivas que hubiera podido dar a la Fiesta Joselito el Gallo si no lo hubiera matado un toro; incluso, ya retirado, como empresario de Las Ventas.

Cuenta José Miguel Arroyo, *Joselito*, que el torero se habitúa a pasar miedo y acaba echándolo de menos, cuando se retira, pero que él siempre ha querido ser el único administrador de su miedo y de su hambre.

Recuerda el Juli los comienzos de su carrera, cuando era un chiquillo, y comprende que llegó a sentirse un poco víctima de la necesidad de triunfar. Su posterior evolución le ha llevado a querer unir el sentimiento con la profundidad.

Sostiene Enrique Ponce que él es el primer animalista, porque ama al toro bravo más que cualquiera de los que van de eso y no hacen nada por el animal, sino que se quieren cargar esa especie.

El infortunado Iván Fandiño defendió siempre ser dueño de su carrera: su permanente bandera fue su independencia, su libertad.

Impresiona de verdad el testimonio de Juan José Padilla: con qué sencillez y entereza se ha sobrepuesto a los terribles percances que ha sufrido a lo largo de su carrera, hasta llegar a convertirse, a los ojos del pueblo español, en un auténtico héroe.

Explica Antonio Ferrera cómo ha ido evolucionando, como artista, para expresar mejor sus sentimientos y también el concepto del toreo con el que siempre había soñado.

Defiende José Antonio Morante de la Puebla que hay que andarle a los toros, como hacía Domingo Ortega. Señala a Gallito como su modelo absoluto: eso incluye poderle a los toros difíciles, además de tener un concepto estético de la lidia.

Sueña José María Manzanares con torear como le inculcó su padre, lograr faenas de las que él pudiera sentirse legítimamente orgulloso.

Pretende Diego Ventura engrandecer el rejoneo, sin aliviarse, ofreciendo espectáculos de una mayor exigencia y brillantez.

Recuerda Daniel Luque el bache artístico que sufrió, reconoce sus errores y proclama que ya no volverá a cometerlos, porque se aprende más de los fracasos que de los triunfos.

Le mueve a Andrés Roca Rey la firme ambición de llegar a ser el número uno, como se proclamó su admirado Luis Miguel Dominguín, emocionando al público con una entrega total.

Me he tomado la libertad, al final del libro, de incluir a dos personajes que no han triunfado en los ruedos: mis queridos amigos el fotógrafo Paco Cano y el escritor Mario Vargas Llosa. Desde dos trayectorias biográficas muy distintas, los dos han sabido valorar la grandeza de la Fiesta y, curiosamente, coinciden al decirme que les hubiera gustado muchísimo haber logrado ser figuras del toreo.

Casi todas las conversaciones que aquí recojo se publicaron, algo resumidas, en el diario *ABC*. Agradezco la oportunidad de hacerlo que me dieron sus responsables: primero, Catalina Luca de Tena y Bieito Rubido; ahora, Julián Quirós; siempre, Jesús Calero y Rosario Pérez. También agradezco la permanente atención a la Fiesta nacional que ha dedicado siempre este centenario periódico.

Decía Ortega, en una de sus más brillantes frases, que lo revolucionario de verdad, en España, sería que hablaran de cada tema solamente los que saben... En este modesto libro, está clarísimo que hablan los que saben, los toreros; yo solo los presento y les pregunto. He procurado ser lo más fiel posible a sus palabras, a su modo de expresarse, sin añadir yo adornos inútiles.

Al leer las reflexiones de estas figuras del toreo, los aficionados más expertos entenderán mejor su estilo y recordarán alguna de sus grandes faenas. Los que no lo son, ni siquiera aficionados a los toros, admirarán la sencilla profundidad con la que se expresan estos auténticos héroes y podrán sentir un poco mejor la grandeza de este arte único.

La descubrí gracias a mi padre, Manuel Amorós, un apasionado de la Fiesta; le he transmitido mi afición a mi hijo Antonio. A los dos les dedico este libro.



El autor con Marcial Lalanda.  
Foto: Cano.

# 1. Marcial Lalanda

Desde el comienzo de su carrera, le llamaron «el joven maestro»: lo era. El gran público lo recordaba por el título del famoso pasodoble dedicado a él: «Marcial, eres el más grande». Si no lo fue, anduvo cerca, en la llamada edad de plata del toreo, desde la muerte de Joselito, en 1920, hasta la guerra civil. En esa etapa, alternó, entre otros, con Ignacio Sánchez Mejías, *Chicuelo*, Villalta, Granero, Antonio Márquez, el Niño de la Palma, Cagancho, Bienvenida, Domingo Ortega, Gaona, Armillita... Impresiona que se pueda hablar de «el más grande» con esos rivales. Estuvo presente en las cogidas mortales de Granero, Varellito y Manuel Litri.

Marcial nació en Vaciamadrid (Madrid) en 1903. Todavía no había cumplido los once años cuando debutó en público como becerrista. En una fotografía de esa tarde, se le ve entrando a matar a un becerro chorrado. Lleva una chaquetilla gris y pantalón claro, tiene los ojos clavados en el morrillo, donde está entrando ya la espada, y la boca abierta en una exclamación.

Le dio la alternativa, en la Maestranza, en 1921, con 18 años, nada menos que Juan Belmonte. Intervino en las dos corridas de inauguración de Las Ventas (1931 y 1934). Se retiró en 1942: como había sido presidente del Montepío de Toreros, un grupo de ellos se echaron al ruedo madrileño para sacarlo en hombros. Escribió Clarito: «El toreo de Madrid ha toreado como nunca porque toreada para siempre».

Anecdóticamente, quiero subrayar dos tardes. En Valencia, el 27 de julio de 1923, mató cinco miuras de 35 arrobas en una corrida en la que fueron heridos dos matadores, dos banderilleros y cuatro picadores,